

ALFONSO TEJA ZABRE

Nació en San Luis de la Paz, Gto., el 23 de diciembre de 1888. Falleció en la Ciudad de México el 28 de febrero de 1962.

Jurista, diplomático, literato, historiador, catedrático, dejó una obra vasta. Perteneció al grupo de historiadores que dio a la historia mexicana una interpretación que giraba en torno de la economía, utilizando la dialéctica como método. Así puede agruparse con Luis Chávez Orozco, Miguel Othón de Mendizábal, José Mancisidor, Germán y Armando Litz Arzubide y Rafael Ramos Pedrueza. Sus trabajos literarios son: *Los héroes anónimos* (1910); *Poemas y Fantasías* (1914); las novelas *Alas Abiertas* (1920); *La esperanza y Hati Ke* (1922); *El nuevo Quetzalcoatl* (1927). Su biografía *Vida de Morelos*, alcanzó varias ediciones (1917, 1921, 1934 y la más acabada de la Universidad Nacional, 1959); *Historia de México. Una moderna interpretación* (1935); *Teoría de la Revolución* (1936); *Panorama Histórico de la Revolución Mexicana* (1939); *Chapultepec, guía histórica y descriptiva* (1938); *Guía de la Historia de México* (1944); *Breve Historia de México* (1947); *Dinámica de la Historia y Frontera Interamericana* (1947); *Umbriel. Ensayos de Ilusión y Desilusión* (1953); *Leandro Valle. Un liberal romántico* (1956); *Lecciones de California* (1962), así como otras obras de sociología, derecho y literatura.

Le han recordado, Arturo Arnaiz y Freg, "Alfonso Teja Zabre (1888-1962)" en *Revista de Historia de América*, México, Nos. 53-54, junio-dic, 1962, p. 229-231; y Manuel Carrera Stampa, "Alfonso Teja Zabre" en el mismo número de esa publicación, p. 232-234. Un estudio integral de su labor histórica hecho con conocimiento de su obra e inteligencia es el de Andrea Sánchez Quintanar, *El pensamiento histórico de Alfonso Teja Zabre*, México, [s.e.] 1966, 170-[1] p. (Tesis, UNAM).

Fuente: Alfonso Teja Zabre. *Panorama Histórico de la Revolución Mexicana*. México, Ediciones Botas, 1939. 221 p. p. 185-200.

LA EVOLUCION CULTURAL DE MEXICO

Es preciso afirmar y repetir, que las distintas y sucesivas estructuras que se forman a través del tiempo, no se destruyen ni se sepultan totalmente por los cambios de hombres y de instituciones. "En el curso de la historia aumenta el número de sistemas que se practican en la misma época . . . surgen nue-

vas voces sin que las antiguas dejen de sonar." El panorama espiritual no puede solamente apreciarse por los frutos y las flores de hoy, sino explorando hacia el fondo las lejanías y siguiendo con la imaginación el trabajo de los siglos, las melodías de antaño y la fuerza obscura y subterránea de las raíces que penetran hasta la entraña de la tierra.

El arte indígena no fue solamente la danza ritual y bárbara de los sacerdotes y los guerreros manchados de sangre, sino la voz infantil que apenas salía del seno mismo de la naturaleza, con resonancias de bosque, murmullos de agua y silbidos de saeta cazadora, (atl, atzin).

Sin duda el arte primitivo mexicano no llegó a refinamiento y opulencia porque no tuvo un teatro propicio para su desarrollo, ni recibió los fermentos y aportaciones de otras culturas; que solamente por mutuos contactos y largas tareas de cultivo y pulimento se alcanzan los tonos de sinfonía. Pero tuvo fuerza para llegar hasta los cantos espirituales atribuidos al Rey poeta, que presintió la divinidad única, y para fijar los rasgos de una cultura independiente, representación del mundo americano, en compañía del arte incaico, y expresión de todas las razas de bronce que plasmaron su interpretación musical de la vida en la greca delicada del ornato, en las piedras talladas con imágenes de pavor y misterio y en las moles de potencia militar y religiosa que forman con sus planos superpuestos la pirámide. Y en la ondulación serpentina del símbolo civilizador de Quetzalcóatl, confundido por su máscara barbada como una representación del hombre blanco, pero que no debe ser realmente sino el símbolo del impulso ascendente de las razas indígenas, y alegoría del astro, el viento y el cielo con los colores fundamentales del horizonte tropical.

No podrían apreciarse muchos rasgos del presente sin evocar y comprender las influencias del pasado. Todavía persisten las manifestaciones de la vida primitiva y arcaica, lo mismo en la economía rústica, que en la cerámica rudimentaria y en los dialectos tribales. Una inflexión del lenguaje que hablamos con matices criollos y reliquias indígenas, nos revela todo un mundo de imágenes y de músicas que a veces se ha creído muerto para siempre. Así podemos comprender cómo la cultura europea, elaborada en muchos siglos y con raíces en la cuna asiática de la humanidad, al juntarse con las civilizaciones americanas aisladas y dispersas, tomó en la tierra de México una tonalidad característica condicionada por la tierra,

el clima y la raza. El primer choque suena con timbre de aces, seguido por las oraciones evangélicas que acallan los rumores de la población sometida. El romance de Toledo y el canto llano de los frailes menores tienen virtudes suficientes para imponer el idioma de Castilla en su majestad imperial y teocrática, dominando con el poderío del habla que tiene sonoridades de atabal, trompeta y órgano solemne —*hispaniorum lingua resonat quasi tympano tuba*—, a la multitud de dialectos de inflexiones líquidas y apagadas. Pero también sonaban la guitarra del soldado aventurero que nos trajo el ritmo andaluz, y los acentos desgarrados del romance popular, extrañamente mezclado después con la corriente gongorina. Y aunque el pueblo se adivina callado y recluso, la savia profunda de la tierra seguía surtiendo obscuramente para poner un ritmo propio en el idioma endulzado por el criollismo. Y para marcar su huella en las iglesias donde se reblandece el estilo herreriano y asoma el plateresco para convertirse en barroco y crear el arte típico de la Nueva España en catedrales, adoratorios y capillas, coronadas por la música de las campanas de oro y bronce, bronce y plata, que recuerdan el prestigio de la veta rica y el canto del Alabado que brota de las gargantas del mestizo y del indio labrador.

El acento castellano es único, imperativo y penetrante, sobre la tierra mexicana, sin más concesión que los leves matices del criollismo incipiente, hasta que la decadencia hispánica se anuncia por la invasión del modo francés. Lo que fuera preciso traer del Occidente al Nuevo Mundo llegaba rigurosamente filtrado y adoptado por España. Signo del desplazamiento de la hegemonía mundial hacia el Norte es la mediatización dinástica de Castilla. En vano los puristas quisieron levantar murallas para defender la integridad del idioma, cuando el monarca decretaba la supresión de los Pirineos. Las luces vinieron todavía a través de España, pero también se vislumbraron los relámpagos precursores de la tormenta: la lección cartesiana, las notas tónicas de la *Marsellesa* y las voces del pueblo en armas ejecutando el derecho de rebelión. Todavía fue una campaña del pueblo la que tocó la llamada de indios en la Nueva España. Pero al poco tiempo los repiques doblaron lúgubramente. En el asalto de la Alhóndiga de Granaditas, se desataron los rumores selváticos y bravos de la tierra, reprimidos por tres siglos, y la raza que parecía resucitar sus instintos guerreros, en vez de seguir tocando mansamente la chirimía de

las pastorelas, volvió a tomar el caracol sagrado, y acompañó el ronco aviso fatídico con el tambor primitivo que siglos antes excitara la locura de los sacrificios en el templo de la sangrienta divinidad.

Los abates incrédulos y galantes fueron aquí los curas a la gineta, implacables y excomulgados, que dispusieron de los últimos hidalgos. Así cayeron el intendente Riaño en la misma Alhóndiga y su hijo Gil en las trincheras de Cuautla.

Pero el alzamiento fue sofocado, y la renovación sólo se hizo en la superficie y en las formas políticas. Hasta nosotros se extendió, imitada y deformada, la sombra del napoleonismo, y el tambor batiente anunció a los sargentos peleando por el bastón de mariscal. La voz de España seguía sonando sobre la estructura colonial que ya no era la iglesia franciscana de Fray Pedro de Gante, sino la capilla jesuita decorada con exceso, que las tropas asaltaban para raspar el oro de los cuadros o degradaban para convertirla en cuartel mientras llegaba la hora de rehabilitarla como biblioteca.

La Nueva España reflejaba la situación de la España antigua, y sin habernos llegado más que los resplandores indirectos del Siglo de Oro, sentimos el marasmo de la decadencia que había de prolongarse casi un siglo. Necesitamos llegar hasta la mitad de la centuria para descubrir en rudo contraste algunas personalidades que representen las tendencias que luchaban para ocupar el mando espiritual del país: la que pretendía mantener la organización colonial, y la que deseaba seguir aceleradamente la reforma, ya no sólo con la orientación ilusoria de la *Marsellesa*, sino con la apertura de México a la civilización universal, aun cuando al pronto viniera entre los resoplidos sajones de la máquina de vapor.

Todavía las maquinarias de hierro no podían subir por los escalones de la sierra, y apenas se oía chasquear el látigo del postillón inglés que manejaba las diligencias. Los casticistas que en vano quisieron defenderse contra el galicismo y contra Bonaparte, querían perpetuar el reino de Felipe II y de Cervantes sin contar con el tiempo y con el genio.

No es raro que para escoger el representante de esta época confusa se haya preferido al sargento de fortuna que hizo de la República un palenque de gallos. Y a su lado aparece como símbolo de la cultura superior don Lucas Alamán. Es posible que para los primeros años turbios de la Independencia sean

Santa Anna y Alamán los apropiados hombres guías, a pesar de sus contradicciones internas. Pero ya avanzado el siglo, era imposible conformarse con la tendencia estática o retrógrada que al fin se condensó en un partido militante. La revolución industrial había preparado un cambio inevitable. Las formas democráticas cubrían el impulso dinámico de la era maquinista con todos sus progresos y peligros. Y las multitudes dispersadas en la Guerra de Independencia encontraron nuevos jefes y aliados que surgían de la clase media inferior y del proletariado urbano, que iniciaban su desarrollo incontenible. Estas nuevas fuerzas no podían ser manejadas con los sistemas y el espíritu de la Colonia. Por eso era imposible reconocer a don Lucas Alamán como el representativo de la nueva era. Sus mismos fracasos demuestran que no marchaba al compás de su tiempo y de su medio.

La reforma se apoyaba en el pueblo y la tendencia popular y democrática puede presentar contra el monarquismo y la descompuesta aristocracia feudal y ranchera de la Nueva España, a toda una generación que no fue vencida ni en los congresos ni en las batallas, ni en la historia. Ya sabemos que no todos fueron héroes, ni los caudillos son perfectos y sin mancha. Pero juzgados como hombres, todavía pueden sufrir la prueba como guías y representantes.

Esta crisis moral y artística fue interpretada por Ignacio Altamirano con palabras que todavía tienen actualidad, y que por ello deseamos repetir en resumen:

¿Por qué, en México no se fundó una escuela nacional?

Preguntádselo a los preceptistas. Ellos proscibieron los neologismos, indispensables en cada literatura que se forma: ellos en vez de abrir ante los jóvenes bardos mexicanos el gran libro de su naturaleza, les hicieron estudiar los preceptos escolásticos, o bien modelos que por encerrar precisamente grandes bellezas de forma, debían pervertir su sentimiento estético, haciéndolos adquirir la creencia de que la corrección del estilo era lo principal. Los poetas eróticos estudiaron a Petrarca, los dramáticos a Lope de Vega y Calderón. La Grecia fue despreciada, a pesar del consejo de Horacio, en provecho de la literatura española y de la francesa y la naturaleza quedó proscrita.

Por eso Rodríguez Galván, que tenía una imaginación privilegiada, encerró su talento en la forma de las comedias de don Pedro Calderón, y sus obras se resintieron de la estrechez de esa camisa de fuerza.

Y por eso Fernando Calderón, siguiendo servilmente la escuela romántica, ni siquiera utilizó la historia nacional, fecunda en asuntos trágicos, sino que escribió dramas llorones por el estilo de los que hacían humilde escolta a las grandes obras del romanticismo francés.

Si nos ponemos a buscar con criterio desapasionado la causa del desdén con que los antiguos poetas de que hemos hecho mención veían los asuntos patrióticos, encontraremos la siguiente:

Había pasado el entusiasmo de los primeros años de libertad; el furor de las luchas civiles había envenenado las almas; una especie de desaliento insensato, pero que no por eso era menos real, se había apoderado de los espíritus que, sobrado exigentes y poco acostumbrados a las tempestades de la democracia, veían desvanecerse sus ilusiones de paz y prosperidad, y culpaban de ello a la Independencia.

El pueblo recordaba que había sabido luchar y vencer; no amaba a los falsos aliados de 1821; se burlaba del pretendido patriotismo de los hombres del ejército, y consideraba como sus legítimas glorias y como sus verdaderos héroes, las glorias y los caudillos de 1810.

El odio estallaba cada día más amenazador entre esas castas y la mayoría popular de la Nación.

En tales momentos, de angustia para el clero, el ejército y la aristocracia, quizás hubo arrepentimiento de haber ayudado a la emancipación de la colonia, quizás las miradas se volvieron con esperanza a la antigua metrópoli, de seguro que se soñó con una sumisión nueva a la corona de España; y en tal oportunidad, los escritores reaccionarios desembozaron su encono y su rabia contra los hombres de 1810. A la cabeza de estos hombres estaba el famoso don Lucas Alamán. Este hombre, dotado de grandes talentos, de inmenso prestigio en las clases opulentas, y de pasiones violentísimas, comenzó a propagar el odio contra los héroes. La calumnia, la invectiva, el sarcasmo, la innoble burla, todo lo utilizó para manchar la memoria de nuestros libertadores. Llamó al caudillo de Dolores, ladrón y asesino; fingiendo admirar a Morelos, lo difamó de cuantas maneras pudo; presentó a los demás insurgentes como una horda de foragidos sin Dios ni ley, y persiguió con su saña implacable al ilustre general Guerrero.

Estos trabajos, este éxito de unos días, esta reacción preparada con tanta fuerza y talento, dieron a las ideas de Alamán un prestigio enorme. Si no se le creyó enteramente, se

le contradijo a medias y con timidez; se tuvo por buen tono y sentimiento alabar a España, ensalzar sobre las hazañas de los héroes mexicanos las hazañas de Cortés, ídolo de Alamán, y horrorizarse de los grandes crímenes cometidos por los hombres de 1810. La independencia se tuvo por crimen y locura; los insurgentes volvieron a ser anatematizados; la República debía, en expiación de sus crímenes, postrarse de nuevo ante el Rey de España y presentar sus manos para ser encadenada otra vez.

No será necesario confrontar a don Lucas Alamán con los más altos y combatidos, como Juárez, Ocampo y Degollado. Es bastante citar para este paso el nombre de Guillermo Prieto. Se puede eludir la acción política, que para don Lucas Alamán como para "Fidel" estuvo llena de éxitos y de errores y buscar un terreno medio entre los extremos de la elevación filosófica y del sentido práctico que ninguno de los dos pudo alcanzar. A primera vista, parecerá tal vez excesivo comparar la obra sólida, simétrica y austera del historiador clásico, el estadista de buena cuna, financiero y diplomático, negociante, minero y hacendado, con la obra irregular improvisada y pintoresca del cancionero que fue desde Periquillo hasta ministro de Hacienda y lo mismo hizo versos populares que manuales de historia patria.

Justamente dice Antonio Castro Leal:

"Y la razón de su vida fue el pueblo. Primero el pueblo de la "vecindad" donde vivía, después el de los barrios pobres, luego el de las fiestas populares, más tarde el que se levantó contra la opresión conservadora y al fin el que resistió a los invasores de Napoleón III y al Imperio. Y así como por una ascensión platónica, fue llegando a la idea del pueblo como principio político, de manera que su democracia tenía raíces en su vida misma. Y en la lucha, en el gobierno, en el destierro, en la miseria, en todas sus acciones presidía el pueblo, lo mismo que en sus mejores páginas literarias."

Alamán era serio, decente, purista, sobrio y constante, hasta en sus errores. Guillermo Prieto fue desenfadado, inquieto, variable y popular. Pero tenía ternura humana, sentido social, don de vaticinio y de música, de magia y de iluminación, y es difícil que todos los éxitos de financiero y estadista que ganó Alamán en el papel, superen los momentos de cumbre que alcanzó Guillermo Prieto cuando hizo relampaguear su verbo salvador en Guadalajara, para contener con una aren-

ga los crímenes de la soldadesca. Ciertamente, Alamán fue historiador como Solís, cronista de los marqueses del Valle de Oaxaca, con lenguaje pulido y conceptos claros. Pero Prieto escribía sus crónicas más bien a la manera de Bernal Díaz, y no para proteger los bienes del duque de Monteleone justificando la propiedad sagrada de los herederos de Cortés con la tesis redentora y civilizadora de la Conquista. Y no fue tampoco un fisiócrata, proteccionista, defensor de la minería como propietario de minas y de la industria como socio de fábricas, el que pronunció en la Cámara una arenga de economista improvisado, para señalar los defectos de los aranceles y la miseria de las zonas fronterizas, entregadas a la ruina por las prohibiciones levantadas en beneficio de una industria privilegiada.

Si Alamán perdió su dinero y el ajeno inventando industrias presididas por el espíritu de lucro en alianza con su amor patrio y su religión, Guillermo Prieto salió con las manos vacías del negocio más productivo del siglo pasado, la desamortización de la propiedad feudal, que sirvió para crear a los nuevos ricos de la era republicana, rematar la expropiación de los indígenas y preparar el desequilibrio del siglo presente.

Y en la *Musa Callejera* o en las páginas desconocidas de las *Memorias* y los *Viajes de Orden Suprema*, hay más numen, más poesía, más arte, más visiones de precursor y más belleza humana y viviente que en las *Disertaciones* o en los *Programas* que sirvieron de sepulcro blanqueado al Partido conservador. Por sus virtudes y sus defectos "Fidel" es un representativo de México en el siglo pasado.

El choque dramático de las dos tendencias representadas por Prieto y Alamán, parece arrancar chispas que más tarde encenderán hogueras. Con palabras del mismo Alamán, pronunciadas en un duelo parlamentario, se define claramente la contradicción:

"El señor Prieto ha dicho que los habitantes de la República están interesados en que se alcen las prohibiciones, en que las mantas se les den a bajo precio; que todo lo que se está haciendo es sacrificar a la nación en beneficio de unos cuantos particulares, porque la industria es un monopolio. Ese pretendido monopolio de los fabricantes, no es más que el progreso general que la industria ha ido adquiriendo por los adelantos de la maquinaria. Antes de que se introdujese ésta, aquélla se ejercía individualmente y por muchas personas, y

la bondad de los productos consistía en la mayor o menor habilidad de los individuos que la practicaban; ésta estaba repartida en toda la nación y por esto todos se consideraban fabricantes, porque el costo de la maquinaria era pequeño. La introducción de las máquinas, para las que se necesitan granga los crímenes de la soldadesca. Ciertamente, Alamán fue historiador como Solís, cronista de los marqueses del Valle de Oaxaca, con lenguaje pulido y conceptos claros. Pero Prieto escribía sus crónicas más bien a la manera de Bernal Díaz, des capitales, y que producen grandes cantidades de artefactos, ha cambiado este estado de cosas, reduciendo la industria a grandes establecimientos, y lo que antes eran fabricantes han quedado en la clase de simples jornaleros. Esto, que ha sucedido en Europa, se ha verificado en menor escala también entre nosotros, respecto de la industria, y ha tenido influjo extenso en materia política. Cada adelanto en la maquinaria, ha provocado una revolución, y ha contribuido más y más a concentrar la industria en pocas manos, estableciendo una grande desigualdad en las fortunas, al mismo tiempo que se proclamaba la igualdad ante la ley. Las recientes turbaciones que ha habido en Europa no han conocido otro origen, y de aquí han nacido todas esas sectas conocidas con distintos nombres, de socialistas, comunistas, etc. Todo esto era consiguiente, porque cada adelanto en las artes ha sido un nuevo golpe que han recibido los antiguos industriales, quienes dicen a los fabricantes: "Nos habéis quitado los medios de subsistir con vuestras máquinas: os habéis hecho dueños exclusivos de la industria, y ya no podemos ser otra cosa más que vuestros jornaleros." Estas quejas, muy exageradas y difundidas por diversas obras, como *Los Misterios de París* y otras, han venido a producir el estado crítico de las naciones modernas, y esto es lo que el señor Prieto llama monopolio; pero debe observarse que si en la industria mexicana no se hubiera seguido el mismo sistema que en la europea, no hubiera podido levantarse, ni podría ahora existir; y si ahora se arruinase, se seguiría un inmenso trastorno, porque habiendo existido por algún tiempo, ha *criado muchos intereses*: en ella se han empleado grandes capitales; éstos han conservado el dinero en circulación, y han hecho formar y radicar muchas fortunas: si la industria en nuestro país quedara reducida a la minería, sólo en los distritos mineros habría medios de subsistencia para la clase pobre, y podría haber una clase acomodada. ¿Qué sucedería si se diese a las ideas del señor Prieto toda la lati-

tud de que son susceptibles? Porque si su señoría dice que se obliga al pueblo a consumir malas mantas a precio alto, el mismo argumento se podría emplear si se tratara de los efectos de mantenimiento, porque por los mismos principios que se tratase de permitir la libre introducción de algunos artículos, se debería conceder la de todos; y si la supresión de la industria manufacturera reduciría a la miseria a los que se ocupan de ella, la de la industria agrícola, cuando se permitiese la introducción, por ejemplo, de granos y de azúcar, reduciría a la misma miseria a los agricultores, que quedarían del todo arruinados, y entonces los individuos que quedasen sin trabajo, viendo acumulados esos defectos, dirán y con razón, lo mismo que hoy dice el señor Prieto convirtiéndose en el intérprete de los lamentos del pueblo: "Dadme en que trabajar, para poder adquirir esos efectos que habéis permitido que se introduzcan y por cuya causa me encuentro en la miseria."

En los conceptos anteriores se encuentra la clave de una tragedia. Alamán tuvo inteligencia para *ver* el problema. Pero su espíritu de formación feudal en evolución hacia el capitalismo, no pudo comprenderlo. Advirtió las causas, pero no quiso entender las consecuencias, porque era defensor de los intereses creados. No fue más feliz el defensor del pueblo y enemigo de los intereses creados, el poeta popular; el improvisador metido a economista, que pretendía salvar a la República con leyes y decretos. Los dos chocaron contra la realidad. Y el doble fracaso prepara el escenario de la tragedia mexicana contemporánea.

Debemos buscar al fin la orientación emancipadora por un nuevo camino. Hasta entonces, la independencia se había reducido a la separación política de España, más por dejación de la metrópoli que por pujanza de la Colonia; la renovación había sido destructiva y deprimente, y las funciones espirituales seguían ligadas a la cultura universal por conducto de España.

La emancipación de México debía consistir en tomar conciencia de la propia personalidad, como se realiza a veces por el solo instinto en el arte popular. Pero lo popular sin fuerza expansiva necesita completarse con el impulso de superación, que busca extender los horizontes y hacerse más profunda y más completamente humano. Es preciso que la línea del impulso vital se trace en forma cíclica, de lo nacional a lo universal y a la inversa. Este movimiento, para nosotros, tomó

las formas de hispanoamericanismo, latinidad, indianismo y nacionalismo.

La tendencia popular y autóctona parece apagarse para dar sitio a los impulsos de renovación que buscan la apertura de los caminos mundiales hacia afuera. Al margen se quedó el ingenuo materialismo que brotaba de las tumbas románticas como se anuncia en la voz truncada de Manuel Acuña: "La materia, inmortal como la gloria, cambia de forma pero nunca muere."

Cuando la Reforma logró asegurar la restauración republicana, la revolución industrial penetró al fin más rápidamente y las nuevas formas del arte y de la ciencia comenzaron a tomar ese tono cosmopolita que sirve de sello al parisianismo criollo de Gutiérrez Nájera.

En México podemos seguir la renovación en las figuras representativas que marcan el punto de la curva en los momentos de cerrarse un ciclo histórico: el aparente esplendor material y la potencia de las viejas instituciones políticas, la paz de tipo borbónico, la penetración imperialista regando sus primeros beneficios engañosos, la máquina de vapor clamando como un bello monstruo con el acompañamiento acelerado de sus émbolos, visiones de fotografía en daguerrotipo, arte naturalista, ciencia de observación, positivismo dogmático, y el rumor vasto de las cataratas preso en los millones de filamentos que fueron insertando su red nerviosa y eléctrica en el cuerpo de la civilización mundial.

Nos llegó un nuevo empuje trepidante y expansivo de la revolución industrial y esta vez las luces del Siglo de Oro no sólo resucitaron en España para culminar en la generación del 98, sino que surgieron anticipadamente como alba indecisa en los países hispánicos que desde entonces comenzaron a sentir mejor a España "como hermana y ya no como dominadora de América".

Después de las grandes voces de Justo Sierra y Salvador Díaz Mirón, la pléyade modernista pudo dar un concierto magnífico, que el individualismo exagerado convirtió en música de solistas y virtuosos: Jesús Urueta, Amado Nervo, Luis G. Urbina, Manuel José Othón, Enrique González Martínez, José Juan Tablada, Efrén Rebolledo, Rafael López, Alfonso Cravioto, José de J. Núñez y Domínguez.

La conmoción acelerada alcanzó a las Torres de Marfil y sofocó la música de capillas y cenáculos. Las nuevas genera-

ciones ya no escucharon con la misma devoción a los grandes artistas. Pero es injusto renegar de los ascendientes, porque cada quien cumple su misión dentro de su tiempo, y lo que ahora parece un modernismo "fastuoso y vacío" fue ayer cifra de belleza y de elevación espiritual, aunque los herederos y continuadores del modernismo sean los más duros para juzgarlo:— (Grupos de "Ulises" y "Contemporáneos", Torres Bodet, Gorostiza, Novo, Villaurrutia.) Los parnasianos aparentemente impasibles se refugiaron en el arte por el arte para negar por abstención a los ídolos falsos de su tiempo; los decadentes y bohemios iniciaron la ofensiva contra el filisteo y el burgués. Y en su afán cosmopolita y universalista continuaron la apertura de los caminos mundiales: supieron ver a la España eterna y virgen y no sólo a la madrastra que algunos quisieron petrificar en el siglo XVIII; y penetraron más aún en la Francia expansiva, ya no solamente para tomar la moda y el galicismo sino para descubrir el cruzamiento de todas las rutas del espíritu.

Un concierto magnífico... pero corría el riesgo de perderse o estancarse si hubiera seguido sin mutación, subordinado a la tendencia que hacía de México una subcolonia en vías de perder su personalidad. Era como si la corriente espiritual se lanzara hacia afuera en línea parabólica o en arco truncado y al mismo tiempo que se perdía el sabor hispánico neto, se borraran todos los rastros distintivos y el estilo que crean la individualidad racial y geográfica. La energía revolucionaria torció la corriente parabólica, convirtió en círculo cerrado la línea de la evolución, soldando los dos extremos antes desunidos, y dio color y acento a la nueva época.

La nota esencial de la Revolución radica en el aumento del número, la cohesión, la conciencia y los recursos físicos y morales de las masas trabajadoras del país, que reclamaron su puesto a las antiguas clases dominantes. La presencia insurgente de los indios en el campo y de los mestizos con los indios en las regiones urbanas y fabriles, impone un sello sobre todas las manifestaciones de la existencia social de nuestros tiempos. Así se crean los nuevos valores materiales y espirituales, condicionados por la influencia rural y las nuevas maquinarias, mientras sobre todo el conjunto, sigue operando la acción del ambiente que transformó al hombre blanco y con mayor razón envuelve a los nativos en la hechicería del clima criollo.

El retorno cíclico es a la vez revolución y renacimiento. El arte y el pueblo habían estado separados, por el divorcio del idioma escrito y el lenguaje culto. Los abismos abiertos entre las clases dominantes y las masas llegaban a la incomunicación idiomática. Ahora, la lengua castellana sin perder su categoría y aún ganando, encuentra multiplicada su vitalidad, al admitir la influencia de todas las regiones hispánicas. El casticismo se entiende con ánimo liberal, y en vez de eliminar de nuestro lenguaje los acentos, la música y hasta los vocablos regionales, dominamos el complejo de inferioridad que nos hacía movernos en el castellano como en un campo ajeno, y lo sentimos ya muy nuestro, al dejarnos mecer por el tono del terruño; pronunciamos sin reticencia las consonantes que recuerdan inflexiones indígenas y cantamos con el tono dulce y reverencial del idioma nahuatl que pudo haber sido lengua de poeta y hoy pone sobre el hierro, el polvo y el oro del verbo de Castilla sus matices de blandura tropical.

Las voces y los refranes del pueblo suben al arte, se ensancha la respiración de la música vernácula, y los artistas se inspiran en los motivos de raigambre popular. Algunas obras consumadas ya realizan el impulso, como el relato de *Los de Abajo* (Mariano Azuela), las *Memorias de Pancho Villa* (Martín Luis Guzmán), *La Asonada* (José Mancisidor), *Los Arrieros* (Gregorio López y Fuentes) *El Resplandor* (Mauricio Magdaleno). *La Desbandada* (J. Rubén Romero); la Sinfonía India de Carlos Chávez, que parece un tropel de indios frontezos en pascola delirante, orquestada a la manera de Stravinski. Se advierten los esfuerzos para vitalizar la poesía, iniciados por la intuición de Ramón López Velarde, y el corrido popular, que fue un mestizo abandonado en las plazuelas, mal visto como bastardo del romance castellano, enarca su trayectoria, se afina en recuerdo de García Lorca para ennoblecer la guitarra de la feria con el son de la *Adelita* o de *Domingo Arenas* (Miguel N. Lira), trama el romance de Tilantongo con hilos de luna y sol y nudos de sangre maya (Carlos Pellicer), y se desencadena en los versos rojos de la nueva generación. (Gutiérrez Cruz, Octavio Paz, Efraín Huerta, Muñoz Cota, Solón Zabre, Menéndez, Bustos Cerecedo).

Hemos tenido algunos grandes maestros y guías o exploradores de relampagueos geniales, (Gabino Barreda, Justo Sierra, Francisco Bulnes, Antonio Caso, José Vasconcelos).

Con J. Clemente Orozco y Diego Rivera, la pintura mural de gran estilo ha podido formular el mensaje de la época. Diego Rivera tuvo la fortuna de captarlo y expresarlo en el aspecto histórico por medios a la vez sencillos y refinados. Pudo hacerse dueño de los secretos de la técnica más avanzada, cuando el arte de la pintura rompía en Europa las ataduras clásicas y académicas, sin perder los beneficios de la sabiduría secular y un gran soplo de aire selvático y colorido hacia correr por las galerías de arte el nombre de Gauguin. Sintió después la atracción de su tierra y se puso a pintar perfeccionando constantemente sus medios de expresión, y tomando el material viviente a la manera de un primitivo, como si por sus manos los niños de las escuelas rurales dibujaran paisajes ingenuos, estilizados sin esfuerzo aparente, los artesanos trazaron sus burdas figuraciones y los indios dibujaron la decoración de los jarros arcaicos. Dio nueva virginidad a los colores primarios, y en su gigantesca representación de la cultura mexicana en el Palacio Nacional, agrupó las figuras en los planos superpuestos de la pirámide y arrancó su interpretación desde los mitos fundamentales de Quetzalcóatl.

Esta es una ficción de valor simbólico hasta por lo que tiene de violento y de revuelto, por el indianismo exasperado, la caricatura y el marxismo tropical. Pero el mismo Diego Rivera nos enseña la ruta de la superación. En el muro lateral de la izquierda, como remate de su composición histórica y mural, había pensado trazar el cuadro de la Reconstrucción, con masas de obreros, campesinos, soldados y trabajadores intelectuales, emancipados del maquinismo y aprovechando los instrumentos mecánicos para fecundizar la tierra y reconstruir el Templo convertido en Casa del Pueblo. La política partidaria dio a este cuadro un aspecto recargado de propaganda beligerante, por los rózagos de interpretación histórica individualista.

Pero el movimiento cíclico no debe ser girándula sin fin o arco iris trunco, sino corriente densa y agitada que ascienda perpetuamente en espirales infinitas. La pintura mural mexicana puede todavía seguir su recreación por los corredores de la Casa del Pueblo, que fue Palacio de Virreyes y de los Caudillos. Ojalá tenga visión más humana y cordial, para interpretar la historia y el alma de su país, sin exceso de rencores, con más sentido musical y poético, buscando la síntesis de las fuerzas en contradicción, como Rivera quiso hacerlo al proyectar la perspectiva donde, bajo un esplendor persistente, los

hombres de México unificados en el trabajo, verán la estrella vespertina posada sobre la cumbre del Citlaltépetl y la Serpiente emplumada, símbolo de ciencia, luz y amor, bajará para vivir entre los suyos dentro del orden nuevo.

Los ciclos y las espirales del pensamiento y de la vida quieren ascender hacia cumbres de serenidad, abriendo perspectivas desmesuradas. Por el conocimiento y la comprensión se descubre que la renovación social es pugna política, conflicto económico y mutación biológica, y además, impulso de aventura, arranque viril, mezcla de resentimiento y justicia, ilusión y convicción. La vida que multiplica la especie, impone la creación de nuevos instrumentos y maquinarias y crea las nuevas relaciones de convivencia. Y el camino de lo nacional a lo universal, en perpetuo retorno, deberá llevarnos por los más bellos y los más tremendos paisajes de la existencia y del arte, para enseñarnos al fin la suprema lección de todos los tiempos, de todas las razas, doctrinas y religiones, que pone al hombre frente al destino sin renunciar totalmente a su voluntad o frente al misterio sin abdicar por completo de su razón.